

BERNHARD SCHLINK

---

*El regreso*



De niño, Peter Debauer pasa las vacaciones de verano en Suiza con sus abuelos. Mientras ellos editan unas novelitas populares para ganarse la vida, Peter se sienta a leer. En los años cincuenta el papel está muy caro y los abuelos le regalan algunos pliegos de las pruebas que corrigen para que aproveche el dorso, pero le prohíben leer el anverso. Peter desobedece y lee el texto escrito en las hojas: son los fragmentos de la odisea de un soldado alemán que regresa a casa tras su cautiverio en Siberia. Cuando su mujer le abre la puerta, lleva un niño en brazos y a su lado hay un desconocido. Años después, tropezarán de nuevo con esa historia y querrá conocer el final. La indagación se convertirá en la búsqueda del autor de la novela, un hombre que ha establecido una relación muy particular con los horrores del siglo XX, y le conducirá también a vivir su propia odisea: la búsqueda de sus orígenes, de la mujer a la que ama y, finalmente, su propio regreso.

# **PRIMERA PARTE**

# 1

En mi infancia pasaba las vacaciones con los abuelos, en Suiza. Mi madre me llevaba a la estación, me metía en el tren, donde con un poco de suerte podía sentarme, y, tras un viaje de seis horas, llegaba al andén en el que me esperaba el abuelo. Si tenía mala suerte, me veía obligado a hacer transbordo en la frontera. En una ocasión me vi en un tren equivocado, llorando, hasta que un amable revisor enjugó mis lágrimas y unas estaciones después me depositó en otro convoy confiándome al correspondiente revisor, que a su vez me entregó al siguiente, de manera que alcancé mi destino gracias a una cadena de revisores.

Los viajes en tren, con el desfile de paisajes y pueblos, la protección del compartimiento y la independencia, me entusiasmaban. Tenía billete y pasaporte, provisiones y lectura, no necesitaba a nadie ni tenía que obedecer a nadie. En los trenes suizos echaba de menos los compartimientos. A cambio, todos los asientos eran de ventana o de pasillo, y no tenía que preocuparme de quedar apretujado en medio de un compartimiento. Además, la madera clara de los asientos suizos era más bonita que el plástico pardo rojizo de los alemanes; los vagones grisáceos, la inscripción en tres idiomas «SBB – CFF – FFS» y el escudo con la cruz blanca en campo rojo eran más refinados que el verde sucio con las iniciales «DB». Yo me sentía orgulloso de ser medio suizo, aunque la sordidez de los trenes alemanes me resultaba tan familiar como la de la ciudad

donde mi madre y yo residíamos y la de las personas con las que vivíamos.

La estación de la gran ciudad emplazada a orillas del lago en la que finalizaba mi viaje era una estación término. Me bastaba recorrer el andén para encontrar al abuelo: alto, fuerte, de ojos oscuros, bigote blanco y espeso, calvo, con una americana de lino claro, sombrero de paja y bastón, irradiaba seguridad. Para mí siguió siendo alto incluso cuando lo sobrepasé, y fuerte cuando necesitó el apoyo del bastón. Yo ya iba a la universidad, cuando él aún me cogía a veces de la mano al andar. Su gesto me confundía, pero no me incomodaba.

Los abuelos vivían a orillas del lago, unos pueblos más allá, y cuando hacía buen tiempo el abuelo y yo tomábamos el barco en lugar del tren. Mi preferido era un vapor de ruedas enorme y antiguo, en cuyo centro se veía trabajar a las bielas y émbolos de bronce y acero de la máquina, brillantes de aceite. Contaba con numerosas cubiertas, abiertas y cerradas. Nosotros, en la cubierta de proa abierta, respirábamos el viento y veíamos aparecer y desaparecer en la orilla las ciudades pequeñas, las gaviotas describiendo círculos alrededor del barco, los veleros alardeando en el lago con las velas hinchidas, y a los esquiadores acuáticos ejecutando sus piruetas. A veces atisbábamos los Alpes detrás de las montañas, y el abuelo llamaba a las cumbres por su nombre. Siempre me parecía portentoso que la senda luminosa que el sol proyecta en el agua, con un resplandor tranquilo en el centro que se deshace en fragmentos danzarines en los bordes, viajase con el barco. Estoy seguro de que el abuelo me explicó que se trataba de un efecto óptico. A pesar de todo, hoy me sigue pareciendo un milagro. La senda luminosa comienza precisamente donde yo estoy.

## 2

En el verano en que yo contaba ocho años, mi madre no disponía de dinero para mi billete. Pero, no sé cómo, encontró a un camionero que se ofreció a llevarme hasta la frontera, donde me entregaría a otro camionero que me dejaría en casa de los abuelos.

La cita era en la estación de mercancías. Mi madre tenía cosas que hacer y no pudo quedarse; tras dejarme con la maleta en la entrada, me encargó que no me moviera del sitio. Yo, de pie, contemplaba atemorizado los camiones que se acercaban y los seguía con la vista, aliviado y decepcionado. Eran más grandes, atronadores y pestilentes de lo que había percibido hasta entonces. Eran monstruos.

No sé cuánto se prolongó la espera. Aún no tenía reloj. Al cabo de un rato me senté en la maleta y en varias ocasiones me levanté de un salto cuando parecía que un camión aminoraba la marcha como si quisiera pararse. Por fin uno se detuvo, el conductor me izó a la cabina junto con mi maleta y el copiloto me pasó a la litera situada tras el asiento del conductor. Tenía que mantener la boca cerrada, no asomar la cabeza por encima del borde de la cama y dormir. Era de día, pero tampoco logré conciliar el sueño al oscurecer. Al principio el conductor o el copiloto se volvían de vez en cuando y me reñían si mi cabeza asomaba por encima del borde de la cama. Después se olvidaron de mí y miré hacia el exterior.

Mi campo visual era reducido, pero me permitió contemplar la puesta de sol por la ventanilla lateral situada junto al copiloto. De la conversación entre conductor y copiloto sólo entendí frases sueltas sobre estadounidenses, franceses, suministros y pagos. Casi me arrulló el ruido que resonaba con regularidad, esas sacudidas amortiguadas y regulares al transitar el camión por las grandes planchas que componían por entonces el revestimiento de la autopista. Pero ésta terminó pronto y proseguimos el viaje por carreteras de montaña deplorables en las que el conductor no podía esquivar los baches y tenía que cambiar de marcha continuamente. Fue un viaje inquieto a través de la noche.

El camión se detenía una y otra vez, aparecían rostros en las ventanillas laterales, el conductor y el copiloto descendían, abrían el portón trasero y apilaban la carga sobre la plataforma. Algunas paradas eran fábricas y almacenes con lámparas luminosas y voces ruidosas; otras, oscuras gasolineras, aparcamientos y carreteras comarcales. Quizás conductor y copiloto compaginaron además el cumplimiento de sus obligaciones con la ejecución de sus propios negocios, el contrabando o el estraperlo, y por ello tardaron más de lo previsto.

En cualquier caso llegamos a la frontera demasiado tarde, el otro camión ya había partido y yo pasé unas horas al amanecer sentado en la plaza de una ciudad cuyo nombre he olvidado. Alrededor de la plaza se alzaban una iglesia y unas cuantas casas nuevas y otras sin tejado y con las ventanas sin cristales. Con las primeras luces del alba empezó a llegar gente y montaron un mercado; traían sacos, cajas y cestas en grandes carretas planas de dos ruedas entre cuyas varas se habían uncido con un lazo encima de los hombros. Durante toda la noche yo había tenido miedo del capitán y del timonel del camión, de un ataque pirata, de tener que ir al servicio. Ahora me invadía el mismo temor a que alguien se fijase en mí, alguien que

luego dispondría de mí, como antes me había aterrado que nadie se fijase y se ocupara de mí.

Cuando el sol calentaba tanto que ya empezaba a encontrarme mal, sentado en aquel banco sin sombra del que no me atrevía a moverme, se paró delante de mí, al lado de la acera, un coche con la capota bajada. El conductor se quedó sentado, la acompañante bajó, cargó mi maleta en el maletero y me señaló el asiento trasero. Ya fuese el tamaño del coche, la indumentaria llamativa del conductor y de su acompañante, la seguridad y despreocupación de sus ademanes o el hecho de que, apenas cruzada la frontera, ya en Suiza, me compraran el primer helado de mi vida..., durante mucho tiempo, cuando oía hablar o leía algo sobre la gente rica, me los imaginaba a ellos. ¿Eran contrabandistas o estraperlistas, como los camioneros? También ellos me infundieron sospechas a pesar de que ambos jóvenes me trataron con simpatía, como a un hermano pequeño, y a la hora de comer me dejaron en casa de los abuelos.

### 3

La casa en la que residían mis abuelos había sido diseñada por un arquitecto que había corrido mundo. Tejado muy saliente, sustentado por estribos artísticamente tallados, mirador altanero en la primera planta y balcón adornado con gárgolas en la segunda, ventanas con arcos de medio punto ensamblados piedra con piedra: la casa era quinta colonial, castillo español y monasterio románico. Pero todo armonizaba.

Además el jardín le confería unidad: dos altos abetos a la izquierda, un gran manzano a la derecha, delante de la casa un viejo y espeso seto de boj y el lado derecho de la casa cubierto de parra virgen. El jardín era amplio; entre la calle y la casa había un prado, a la derecha de la vivienda se veían bancales de verduras, tomates y judías verdes, arbustos de frambuesas y groselleros, una zarzamora y un montón de estiércol; a la izquierda, un ancho sendero de gravilla conducía a la parte trasera de la casa, a la entrada enmarcada por dos hortensias. La gravilla crujía a cada paso, y cuando el abuelo y yo llegábamos a la entrada, la abuela, que nos había oído llegar, abría la puerta.

Desde los veranos en casa de mis abuelos, el crujido de la gravilla, el zumbido de las abejas, el ruido de la azada o del rastrillo durante las labores hortícolas... son sonidos estivales. Igual que el olor amargo del boj calentado por el sol y el pútrido del estiércol son olores estivales, y el silencio de las primeras horas de la tarde, no roto por los gritos de ningún niño, ni por los ladridos de ningún perro,

ni siquiera por el soplo de la brisa, es silencio estival. La calle en la que vivíamos mi madre y yo tenía mucho tráfico; cuando pasaba el tranvía o un camión, los cristales tintineaban, y cuando funcionaban las máquinas que demolicían y reconstruían los edificios vecinos destruidos por las bombas, el suelo temblaba. En casa de los abuelos apenas había tráfico, ni frente a la vivienda ni en el pueblo. Cuando pasaba un carro tirado por caballos, mi abuelo me mandaba a recoger la pala y el cubo y con la mayor tranquilidad del mundo seguíamos al vehículo para recoger las bostas y agregarlas al montón de estiércol.

El pueblo tenía estación de ferrocarril, embarcadero, unas cuantas tiendas y dos o tres mesones, uno de los cuales no servía alcohol, y al que los abuelos me llevaban a comer a veces en verano. Cada dos días el abuelo salía a la compra y hacía la ronda: de la lechería y venta de quesos a la panadería, a la tienda de ultramarinos de la cooperativa, en ocasiones a la farmacia o al zapatero. Vestía su americana de lino clara y una gorra también de lino clara, en el bolsillo de la americana guardaba un cuadernito que la abuela cosía usando papel en blanco que encontraba aquí y allá y en el que anotaba los encargos, y empuñaba en una mano su bastón mientras con la otra me sujetaba a mí. Yo cargaba con la vieja bolsa de cuero que, como comprábamos cada dos días, nunca iba tan repleta como para que me costase trabajo acarrearla.

¿Me llevaba el abuelo a la compra cada dos días para darme una alegría? Me gustaba hacer la compra: el olor del queso Apenzeller y del Greyerzer en la lechería y quesería, el aroma del pan reciente en la panadería, la abundancia de mercancías en la tienda de ultramarinos. Era mucho más bonito que la tiendecita a la que me enviaba mi madre porque en ella le fiaban.

Después de la compra íbamos al lago, a echar pan duro a los cisnes y los patos y a contemplar los barcos que pasaban, atracaban o zarpaban. También allí reinaba la

calma. Las olas chocaban con suave chapoteo contra el muro de la orilla..., otro sonido estival.

Pero además estaban los ruidos vespertinos y los nocturnos. Yo permanecía levantado hasta el canto del mirlo. Una vez acostado, no oía coches ni voces, pero sí dar la hora al reloj de la torre de la iglesia y el paso cada treinta minutos del tren en el tramo entre la casa y el lago. Primero la campana de la estación emplazada lago arriba indicaba la salida del convoy; pocos minutos después pasaba el tren, y unos minutos más tarde la estación situada lago abajo señalizaba su partida. Esta estación estaba mucho más lejos que la otra, por lo que sólo oía débilmente el segundo toque de campana. Media hora después llegaba el tren que viajaba lago arriba y los sonidos se repetían en orden inverso. El último tren salía poco después de medianoche. Luego reinaba un silencio total, sólo roto por el rumor ocasional del viento en los árboles o de la lluvia sobre la gravilla.

## 4

Cuando estaba acostado nunca oía pasos en la gravilla. Por las noches mis abuelos no salían ni recibían visitas. Después de pasar varios veranos con ellos, comprendí que por la noche trabajaban.

Al principio nunca me detuve a pensar de qué vivían. Era obvio que no se ganaban el sustento igual que mi madre, que salía de casa por la mañana y regresaba a última hora de la tarde. También tenía claro que gran parte de lo que se servía en la mesa había crecido en su huerto. Sabía incluso lo que es la jubilación, pero nunca oí lamentarse de su pensión a los abuelos como hacían otros ancianos en la tienda o en el portal de nuestra casa, por lo que tampoco me los imaginaba jubilados. Jamás me planteé ni por lo más remoto su situación económica.

A su muerte, mi abuelo dejó unas memorias. Gracias a ellas descubrí de dónde procedía, qué había hecho y de qué había vivido. Durante nuestros paseos y excursiones le complacía contarme cosas, pero apenas hablaba de sí mismo. Y sin embargo tenía mucho que contar.

De Estados Unidos, por ejemplo. En la década de 1890, tras un corrimiento de tierras que asoló su casa y su jardín, su padre, harto de la vida en el pueblo, emigró a Estados Unidos con su mujer y sus cuatro hijos, al igual que hicieron otros muchos habitantes del lugar. Los niños tenían que convertirse en buenos estadounidenses. Tren a Basilea, barco a Colonia y a continuación tren, barco y coche a Hamburgo, Nueva York, Knoxville y Handsborou-

gh... Sus memorias informan de la conclusión de la grandiosa catedral de Colonia, de la vastedad de las landas de Luneburgo, del mar tranquilo y proceloso, del recibimiento de la Estatua de la Libertad y de encuentros con parientes, ya prósperos ya fracasados, que habían emigrado antes a Estados Unidos. En Handsborough fallecieron dos hermanos de mi abuelo y un pariente duro de corazón no permitió que fueran enterrados en su cementerio, sino al lado. Por fin entendí la fotografía del dormitorio de los abuelos que mostraba dos tumbas humildes, jalonadas con tablas, delante de un pequeño y bonito cementerio con reja de hierro forjado y puerta de piedra. Los emigrantes salieron adelante, pero no fueron felices. Sentían nostalgia, enfermedad ésta que puede ser letal. Los recuerdos del abuelo informan de la asiduidad con que en la iglesia del pueblo se leía y se anotaba en el registro parroquial que fulano de tal había muerto de nostalgia en Wisconsin, o en Tennessee, o en Oregon. Cinco años después de la partida de los emigrantes, seis en total, cuatro de ellos regresaron a la patria con las enormes maletas que les había fabricado el carpintero del pueblo.

Mi abuelo también habría podido hablar de Italia y de Francia. Tras aprender el oficio de tejedor e hilador, trabajó durante varios años en Turín y París, y sus memorias revelan el enorme interés con que visitó los monumentos y conoció los países y a sus gentes: el parco salario, las viviendas miserables y las supersticiones de los obreros y obreras del Piamonte, y el conflicto entre catolicismo y laicismo y el fortalecimiento del nacionalismo en Francia. Sus recuerdos desvelan asimismo cuánto lo atormentó la nostalgia. Asumió la dirección de una fábrica de hilaturas suiza, se casó y formó una familia, compró una casa en suelo suizo... Al fin ya no vivía a contracorriente de la propia naturaleza, sino en armonía con ella.

Cuando en vísperas de la Primera Guerra Mundial pasó a dirigir una fábrica de hilaturas alemana no tuvo que

abandonar la patria. Se convirtió en un trabajador fronterizo, hasta que con la inflación de la posguerra su sueldo perdió valor en Alemania y no digamos en Suiza. Nada más cobrarlo, intentaba gastarlo en cosas de valor perdurable, y hoy aún conservo una de las pesadas mantas de lana que compró en gran número a una remonta alemana tras su cierre, unas mantas de hecho indestructibles. Pero las mantas de caballos no alimentan a una mujer, que precisa estar sana y fuerte, quedarse encinta y parir, y en consecuencia el abuelo volvió a hacerse cargo de la dirección de una fábrica de hilaturas suiza.

Pero se mantuvo fiel a los alemanes. Siempre lo conmovió el destino de los alemanes en el extranjero, quizás porque pensaba que ellos debían de estar tan enfermos de nostalgia como él. Cuando la abuela cocinaba, él le echaba una mano y entre sus obligaciones figuraba la de llevar a la puerta de casa el escurridor esférico de metal con la ensalada lavada y mojada, y sacudirlo hasta que ésta se secase. A menudo tardaba tanto en volver que la abuela me mandaba a buscarlo. Entonces lo encontraba delante de la puerta de casa mirando absorto las gotas que había esparcido sobre las losas de piedra de la entrada.

—¿Qué te pasa, abuelo?

Las gotas le recordaban a los alemanes dispersos por el mundo.

Por fin, después de que los abuelos sobreviviesen a la Primera Guerra Mundial, la gripe y la inflación, y de que el abuelo desempeñase con éxito la dirección de la fábrica de hilaturas suiza e inscribiera y vendiera ventajosamente dos patentes, llegó el hijo. A partir de ese momento aparece pegada una fotografía de vez en cuando en las memorias: mi padre con un sombrero de papel en la cabeza y un caballo de madera entre las piernas, la familia a la mesa en el cenador, mi padre con traje y corbata el primer día de instituto, la familia con bicicletas, todos con un pie

en el suelo y otro en el pedal como si estuvieran a punto de partir. También había fotografías sueltas: mi abuelo de colegial, marido joven, jubilado y pocos años antes de su muerte. Siempre con mirada seria, apesadumbrada, perdida, como si no viese a nadie. En la última foto su cuello delgado por la edad, con la piel surcada de arrugas, asoma por el ancho cuello de la camisa igual que la cabeza de una tortuga por el caparazón; su mirada se ha vuelto medrosa y el alma parece dispuesta a ocultarse detrás de una obstinada timidez. Una vez me contó que durante toda su vida sufrió dolores de cabeza, desde la sien izquierda hasta el codo, pasando por encima de la oreja izquierda, «igual que la pluma de un sombrero». Jamás me habló de depresiones, y seguramente ni siquiera sabía que tristeza, desamparo y temor pueden constituir un diagnóstico que tiene un nombre... ¿Quién lo sabía por entonces? Sólo en raras ocasiones había llegado al punto de no levantarse, no ir a trabajar y no hacer nada en todo el día.

Se jubiló a los cincuenta y cinco años. Se había ganado el pan trabajando en las hilaturas, pero su pasión era la historia, la sociedad, la política. Junto con unos amigos compró un periódico y se convirtió en el director. Pero, con su postura sobre la neutralidad suiza, el periódico se oponía a la opinión pública y sus escasos recursos financieros le impidieron hacer frente a la competencia. La empresa les dio a él y a sus amigos más preocupaciones que alegrías y al cabo de unos años se vieron obligados a cerrar. De todos modos la actividad como director había puesto al abuelo en contacto con editores y su último trabajo, ejecutado noche tras noche junto con la abuela, consistía en editar una colección titulada «Novelas amenas y entretenidas».